

Me la juego por la vida Olga Amparo Sánchez Gómez¹

Las colombianas y los colombianos, día tras día y década tras década, nos hemos acostumbrado a materializar en cada espacio, en cada momento histórico y hasta en cada pedazo de piel el poema *Relato de Sergio Stepansky*, escrito por León de Greiff y publicado en *Variaciones alrededor de la nada* en 1936:

*"Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos la llevo perdida...
Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...
La juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito,
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito..."*

Cuando leí por primera vez este poema, en mis años de juventud, pensé en la mal llamada “cultura paisa” y en esa idea tan arraigada de jugarse la vida por un desamor, por demostrar que se ha llegado más lejos que los demás, por los símbolos del éxito material, por la ilusión del ascenso social, por el negocio mal habido que otorga reconocimiento o por acumular riqueza en detrimento de trabajadoras y trabajadores. Con los años comprendí que esa forma de relacionarnos con la vida y el riesgo no es exclusiva de una región. Aunque suele asociarse a ciertos imaginarios culturales, atraviesa buena parte de la sociedad colombiana y se expresa de múltiples maneras a lo largo y ancho del país. Más de una vez he dicho, incluso en tono jocoso, que este poema retrata una especie de existencialismo colombiano: una disposición permanente a arriesgar la vida, a vivir siempre al borde del abismo, como si el destino estuviera echado de antemano porque, como dice León de Greiff, “Juego mi vida, cambio mi vida. De todos modos, la llevo perdida...”

Lo que el poeta plasma con tanta belleza no es únicamente una experiencia individual. Refleja un mandato cultural que ha quedado tatuado en nuestros cuerpos y en nuestras formas de habitar el mundo, generación tras generación. No es el mandato de León de Greiff; es el mandato que él logra nombrar. Un mandato que exalta el riesgo, celebra el individualismo y naturaliza la fatalidad. Un mandato que nos lleva a creer que la existencia es producto exclusivo del azar y que poco podemos hacer frente a las fuerzas que determinan nuestro destino. Así, la vida termina convertida en una apuesta permanente, en un acto cotidiano de temeridad frente a la muerte.

Por eso me llamó la atención la consigna de la campaña de Iván Cepeda: *Me la juego por la vida*. Desconozco si hubo una intención explícita de invertir el sentido del verso de León de Greiff, pero el cambio es profundo. Ya no se trata de jugarse la vida como quien la pierde o

¹ Lo planteado en el presente artículo es de mí responsabilidad y no compromete a la Casa de la Mujer organización a la cual me encuentro vinculada.

la arriesga; se trata de jugarse por la vida. La diferencia parece pequeña, apenas una preposición, pero transforma por completo el significado.

Cuando nos la jugamos por la vida asumimos la responsabilidad de protegerla y cuidarla. Nuestras acciones adquieren un sentido ético porque reconocemos que la existencia propia está ligada a la existencia de las demás personas y de todos los seres con quienes compartimos este planeta. Es una invitación a alejarnos del individualismo para abrazar la corresponsabilidad; a reconocer que la vida humana, la vida de los pueblos, la vida de la naturaleza y de nuestra Madre Tierra merecen ser defendidas. Es una apuesta por construir comunidad, fortalecer los vínculos de cuidado y sostener una esperanza activa que se traduzca en proyectos compartidos.

Me la juego por la vida representa también una visión de país comprometida con los derechos humanos, con los derechos de las mujeres, de los pueblos indígenas, de las comunidades afrodescendientes, de las personas LGBTIQ+ y de quienes han sido empobrecidos por la exclusión, la desidia y la explotación. Es una apuesta por la justicia social, la democracia y la paz; una apuesta por un país donde la dignidad no sea un privilegio sino una garantía para todas y todos.

Por todo ello, invito a que este 21 de junio cambiemos el “juego mi vida” por el “me la juego por la vida”. Con el poder de nuestro voto podemos defender la vida, la justicia, la democracia y la paz. Mi voto es por Iván Cepeda y Aida Quilcué, porque me la juego por la vida y porque creo que Colombia, así como las generaciones presentes y futuras, merecen una esperanza capaz de convertirse en realidad.